

Ninguna verdad habia.  
Lembrate cuando en Valencia  
En la lid que el Cid facia  
Echaste á fuir de un moro,  
Y el moro bien te seguia,  
Y yo le salí al encuentro,  
Muerto en tierra lo ponía,  
Díte su caballo y armas  
Y al Cid entender facia  
Que tú mataste aquel moro  
Que aquel caballo traía.  
Yo lo fice por te honrar  
Por casar con la mi prima:  
Alabásete tú desto,  
Yo lo otorgaba á tu guisa,  
Nunca salió de mi boca  
Fasta hoy que lo decia,  
Y si agora lo publico  
Es por tu gran villanía:  
Y sepan cuando en Valencia  
Cuando el leon que ende habia  
Se soltó de donde estaba,  
Tú, porque á esconderte ibas,  
Rompiste el manto y el sayo  
Que cobijado tenias,  
Por entrar bajo un escaño  
Que en el aposento habia.  
No digo cómo tu hermano,  
Que es aquel que me veía,  
Cayó con notable miedo  
En parte do no debia.  
Así, señor rey Alfonso,  
A tu alteza yo decia  
Que este día fuera bien  
Demostrar su valentía,  
No en los robledos de Tórmes  
Do ferido habian mis primas,  
Mugeres de tal linage  
Que muy mas que ellos valian,  
Que si yo ende estuviera  
Cometerlo no osarian;  
Ficieron como cobardes,  
Yo se lo combatiría,  
No hicieron como buenos  
Como manda la hidalguía.  
Muy feble es facer tal cosa  
Ningun home de valía,  
Y poner mano en mugeres  
Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador  
Pidió derecho del tuerto  
Por que fueron emplazados  
Los condes para Toledo,  
El rey don Alfonso el Bravo,  
Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano  
Tuvo siempre el brazo quedo,  
Mandó que dentro en tres meses  
Pareciesen en Toledo,  
O fincasen por traidores  
Ellos y el conde don Suero.  
Mandó que se fagan córtes  
Y se junten á ellas cedo  
Sus grandes y ricos homes,  
Que quiere tomar su acuerdo;  
Que si los condes son nobles,  
Alfonso es rey de derecho,  
Magüer que el Cid en honor  
Es honrado caballero.  
Antes de cumplir el plazo  
Todos á córtes vinieron,  
Y el Cid trujo en su compañía  
Novecientos caballeros.  
Salió el rey á recibirlo  
A dos leguas de Toledo;  
Unos de envidiosos callan,  
Otros dicen que es escoso.  
Palacios de Galiana  
Mandó el rey esten compuestos,  
Las paredes de brocado  
Y el suelo de terciopelo.  
Junto á la silla del rey  
Su escaño del Cid pusieron,  
Do que mofaban los condes  
Profanando y zaheriendo,  
Sentados en córtes todos  
Fabló el rey á sus porteros:  
— Mándovos que callen todos,  
Infanzones y homes buenos:  
Vos, el Cid, decid su culpa  
Y ellos defiendan su pleito,  
Librásevos ha justicia  
Con que quedéis satisfecho.  
Seis alcaldes vos señalo  
De mi casa y mi consejo,  
Y que todos ellos juntos  
Juren por los evangelios  
Que cuidarán de ambas partes  
Asaz entender el pleito,  
Y entendido juzgarán  
Sin pasion, amor, ni miedo.—  
Levantóse luego el Cid,  
Y sin mas alongamientos  
Pide le den sus espadas  
Tizona y Colada luego.  
El rey miraba á los condes  
Qué responden atendiendo,  
Pero ninguna razon  
En su defensa dijeron.  
Los jucces mandan las den  
Sin ningun detenimiento;  
Magüer hubieron pavor,  
Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,  
Volvédselas á su dueño,  
Que supo mejor ganallas  
De los moros de Marruecos.—  
Ya cobradas las espadas,  
Dos mil marcos de dinero  
Les pide y todas las joyas  
Que les dió en los casamientos.  
Unánimes los jueces,  
De comun consentimiento,  
Los condenan á que paguen  
De contado todo el precio.  
Comenzó de nuevo el Cid,  
Los ojos como de fuego  
Y el rostro como una gualda,  
A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo  
A do yace Alfonso el Sesto,  
El Cid le fabla á Bermudo  
Con muy grande sentimiento:  
— ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?  
Fablád, que non estais muerto:  
¿ Non sabedes que mis hijas  
Son vuestas primas en deudo?  
Ende mas que en su deshonra  
Mucha parte os cabe dello.—  
Mucho le pesó á Bermudo  
De lo que el Cid ha propuesto:  
Juntóse con Garci Ordoñez,  
Y desque fué cerca puesto  
Le diera tan gran puñada  
Que dió con él en el suelo.  
Alborótanse las córtes,  
No queda nadie en su asiento,  
Aqui sacan las espadas,  
Allí dicen mil denuestas.  
Unos apellidan Cabra,  
Otros Valencia, otros reino,  
El rey está ardiendo en ira,  
Diciendo: — Afuera, teneos.—  
Otra vez replicó: — Afuera,  
Sin mas audiencia condeno,  
Con acuerdo de mi corte  
Y de mi real consejo,  
Por los méritos que fallo  
Que resultan deste pleito,  
A los condes de Carrion  
Que lidien conforme al reto,  
Y que el Cid haya cumplido  
Con dalles tres escuderos,  
Y los que mejor lidiaren  
Ellos salven su derecho.—  
Pidieron plazo los condes  
Para guisar en el fecho,  
Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.  
Volvióse el rey á su casa,  
La corte á su alojamiento,  
Y al salir de los palacios  
Donde las córtes se han fecho  
De Navarra y de Aragon  
Al rey vienen mensageros.  
Cartas le traen de sus reyes  
Pidiéndole otorgamiento  
De las dos hijas del Cid  
Para dos fijos mancebos.  
Don Ramiro el de Navarra  
La pide, si bien me acuerdo,  
A la mayor doña Elvira,  
Dueña de virtud y arreo:  
A la menor doña Sol  
Ha pedido el rey don Pedro  
Para su hijo don Sancho  
De Aragon propio heredero.  
Partióse á Valencia el Cid  
Ufano, alegre y contento,  
Desagraviadas sus hijas  
A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo  
Ese buen Cid afamado,  
Y acabáronse las córtes  
Que allí se habian celebrado.  
Aquese buen rey Alfonso  
Muy gran derecho le ha dado  
De los infantes, los condes  
De Carrion el condado.  
Don Rodrigo va á Valencia  
Que á los moros la ha ganado:  
Novecientos caballeros  
Lleva todos fijosdalgo,  
Que de la rienda le llevan  
A Babieca el buen caballo.  
Despidióse el rey del Cid,  
Que le habia acompañado,  
Lejos van uno de otro,  
El Cid envió un recaudo,  
Pidiendo merced al rey  
Le aguarde para hablallo.  
El rey aguardára al Cid  
Como á bueno y leal vasallo,  
Y el Cid le dijo: — Buen rey,  
Yo he sido muy mal mirado  
En llevarme yo á Babieca,  
Caballo tan afamado,  
Que á vos, señor, pertenece  
Como mas avantajado.  
Non le merece ninguno,  
Vos sí solo á vuestro cabo,  
Y porque veais cual es,  
Y si es bien el estimallo,

Quiero facer ante vos  
Lo que no he acostumbrado  
Si non es cuando hube lides  
Con enemigos en campo. —  
Cabalgó el buen Cid en él  
De piel de armiño arreado,  
Firióle de las espuelas,  
El rey se quedó espantado  
En mirar cuan bien lo face,  
A ambos está alabando;  
Alababa á quien lo rige  
De valiente y esforzado,  
Y al caballo por mejor,  
Que otro no es visto ni hallado.  
Con la furia de Babieca  
Una rienda se ha quebrado,  
Paróse con una sola  
Como si estuviera en prado.  
El rey y sus ricoshomes  
De verlo se han espantado,  
Diciendo que nunca oyeron  
Fablar de tan buen caballo.  
El Cid le dijo: — Buen rey,  
Suplicoois querais tomallo.  
— Non lo tomaré yo, el Cid,  
El rey por respuesta ha dado,  
Si fuera, buen Cid, el mio  
Yo vos lo diera de grado,  
Que en vos mejor que en ninguno  
El caballo está empleado,  
Con él honrades á vos  
Y á nos en extremo grado,  
Y á todos los de mis tierras  
Por vuestros fechos granados;  
Mas yo lo tomo por mio  
Con que vos querais llevarlo,  
Que cuando yo lo quisiere  
Por mí vos será tomado. —  
Despidióse el Cid del rey,  
Las manos le habia besado,  
Y fuése para Valencia  
Donde le están aguardando.

## LXV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte el rey Alfonso,  
De Toledo se partia  
Para ir á Carrion,  
Que los condes no venian  
A lidiar con los del Cid  
Que retados los tenia  
Por la deshonra que hicieron,  
Ave y gran villanía,  
A las dos hijas del Cid  
Doña Sol y doña Elvira.  
Consigo llevó los seis  
Jueces de la tal porfia,  
Don Ramon, yerno del rey,

Llevaba en su compañía,  
Y los que habian de lidiar  
Con los que el aleva hacian.  
A Carrion es llegado  
A la vega que ende habia,  
Sus tiendas mandára armar,  
Los condes á él venian  
Con su tio Suer Gonzalez,  
Que la gran traicion urdia.  
Traen consigo sus parientes,  
Muchos son en demasia,  
Armados venian todos  
De ricas fuertes lorigas,  
Que entre sí han acordado  
Que si tiempo se ofrecia  
De matar á los del Cid  
De cualquier guisa, lo harian  
Antes de entrar en la lid,  
Porque así les convenia.  
Los del Cid lo habian sentido,  
Y al rey — Señor, le decian,  
En vuesa mano y metced  
El de Vivar nos ponía,  
Por eso, señor, pedimos  
Non consintais que hoy día  
Nos fagan desaguisados,  
Nin tuerto, ni alevosía,  
Que con la merced de Dios  
El Cid vengado sería:  
Derecho habremos de aquesto,  
Que Dios nos ayudaría. —  
El rey dijo: — Non temais,  
Magüer yo lo proveería. —  
Mandó dar luego un pregon  
Qu'estas palabras decía:  
« Quien tuerto ó desaguisado  
« A los del Cid les ficiese,  
« Que la cabeza y sus biences  
« Allí todo lo perdiere. »  
Él los metiera en el campo  
Do la lid hacerse habia,  
Los infantes y su tio  
Tambien al campo acudian.  
Gran compañía traen consigo  
De gente que los seguía;  
El rey á muy grandes voces  
Estas palabras decía:  
— Infantes de Carrion,  
La lid que hacerse quería  
En Toledo la quisiera,  
Y non en aquesta villa.  
Dijisteis que guarnimientos  
A vos allí fallecian,  
Vine al vuestro natural  
Por faceros cortesia:  
Los caballeros del Cid  
Conmigo yo los traía,  
En mi fe y en mi verdad

Ellos sus vidas ponian.  
Condes, yo vos desengañó  
A vos y á vuesa valía  
Non fagades contra ellos  
Lo que hacer non se debía,  
Que aquel que lo tal ficiese  
Ya yo mandado tenia  
En campo le despedacen  
Sin que nadie se lo impida. —  
A los condes les pesó  
De lo que el rey les avisa.  
La Colada y la Tizona  
Al rey suplicado habian  
Que no entren en la lid,  
Que era mucha su valía.  
El rey les dijera: — Infantes,  
Facer eso no podía,  
Pidiéradeslo en Toledo,  
Que aquí lugar ya no habia:  
Meted vos muy buenas armas  
Que no se os contradiria,  
Que crecidos sois de cuerpo,  
Pelead con valentía. —  
En el campo son metidos  
Todos seis como cumplia,  
Arreada está la gente  
Y todos se apercebían:  
Embrazaron los escudos,  
Pónense las capellinas,  
Firiéronse de las lanzas  
Que so los brazos tenían. —  
A Pedro Bermudo luego  
Fernan Gonzalez heria,  
Pasóle todo el escudo,  
En la carne no le heria;  
El firió á Fernan Gonzalez  
De una muy grande ferida,  
Pasóle de lado á lado,  
Mucha sangre le salía,  
Y ya desmayado en tierra  
Fernan Gonzalez caía  
Por las ancas del caballo  
Asido á la misma silla;  
La lanza echára de sí,  
Mano á Tizona ponía,  
Dijole á Fernan Gonzalez:  
— Traidor, perderás la vida. —  
Y él conociendo la espada  
Que el buen Bermudez traía  
Temérase de la muerte,  
Y antes que le diera herida  
Dijo: — Yo vencido soy  
Y por tal me conocía. —  
Martin Antolin de Búrgos  
Con el otro está en gran prisa:  
Quebrado habian las lanzas,  
Con las espadas reñían.  
Antolin le diera un golpe

Con Colada, espada fina,  
Por cima de la cabeza  
Que mal ferido lo habia;  
Cortárale el guarnimiento  
Y el casco tambien hendia.  
Diego Gonzalez desmaya,  
Cuidó que no escaparía.  
Grandes voces da el infante  
Por golpes que recibía,  
Sacóle el caballo fuera  
Del cerco que el rey ponía,  
Vencido es como su hermano,  
Y por tal él se tenia.  
Nuño Busto y Suer Gonzalez  
Se fieren con valentía,  
Las lanzas traen muy fuertes,  
Recias son á maravilla.  
Suer Gonzalez á Nuño Bustos  
El escudo le partía.  
Pasóle de parte á parte,  
Que el golpe muy recio iba;  
Pasóle los guarnimientos,  
A la carne no prendía.  
Firme estuvo Nuño Bustos,  
Que era de grande valía,  
Pasárale con la lanza  
El escudo que tenia,  
Y fuera de las espaldas  
El hierro se parecía.  
Suer Gonzalez cayó en tierra,  
Nuño Bustos le ponía  
La su lanza sobre el rostro,  
Herirlo otra vez quería.  
— Non lo frades, por Dios,  
Su padre á voces decía,  
Que mi fijo ya es vencido  
Y creo muerto estaria. —  
Nuño Bustos á los fieles  
Dijo si aquello valga:  
— No vale nada, responden,  
Si él propio no lo decía. —  
Suer Gonzalez volvió en sí:  
— Yo soy vencido, — publica.  
Por alevosos el rey  
Los tiene desde aquel día,  
Con su tio Suer Gonzalez  
Que el consejo dado habia.  
Fuyéronse de la tierra,  
Que jamas no parecían,  
Ni mas alzaron cabeza:  
Los del Cid con honra fincan,  
Dióles muy grandes haberes,  
A Valencia se volvían.  
Gran compañía les da el rey,  
Muy seguros los envía  
Para su señor el Cid  
Que por tal le conocían.

## LXVI. — (Anónimo.)

Cuando el rojo y claro Apolo  
El hemisferio alumbraba  
Y cuando su hermana bella  
En el otro se mostraba,  
Por una verde espesura  
De arboleda bien cercada  
Donde dulces ruiseñores  
Muy claramente cantaban,  
Y donde el céfiro manso  
Sabrosamente soplabá,  
Con esfuerzo y gallardía  
Un caballero pasaba  
En un caballo furioso  
Bordado el jaez de plata,  
Las armas de fino acero,  
Todo de blanco se armaba,  
Una lanza larga y gruesa  
Y en ella veleta blanca;  
Ha salido de Castilla  
Y entra bravo en Lusitania.  
Solo va á buscar un moro  
Que el fuerte Audalla se llama,  
Que la fama de sus hechos  
Por toda España volaba.  
En medio de su camino  
El caballo se paraba.  
Don Rodrigo es de Vivar  
Que con la espuela le daba,  
Mas el caballo por eso  
Adelante no pasaba.  
Como esto vido Rodrigo  
En los estribos se alzaba;  
Por ver qué cosa sería  
A todas partes miraba.  
Hincando la lanza en tierra  
En ella el cuerpo afirmaba,  
Y oyó una voz que decía,  
Aunque no vió quien la daba:  
— ¡O ingrata y cruel fortuna!  
Di si estás de mi vengada,  
Pues me has quitado la vida  
Y con ella el bien del alma. —  
Metiése por la espesura  
Por saber quien lamentaba,  
Cuando no lejos de sí  
Vió que un moro se quejaba  
Tendido en la fresca yerba  
Que en sangre teñida estaba  
De las heridas que tiene,  
Que todo el cuerpo le pasan.  
Cuando lo vió don Rodrigo,  
Movido de grande lástima,  
Apeóse del caballo,  
Mas aun bien no se apeaba  
Vió estar cuatro caballeros  
Y con ellos una dama

Que dellos se defendía,  
Aunque ya cansada estaba,  
Y como vió á don Rodrigo,  
A grandes voces le llama:  
— Ayudeisme, caballero,  
Si cortesía en vos se halla;  
Yo soy Aja, sin ventura,  
Cautiva del fuerte Audalla. —  
Arremetió don Rodrigo  
Poniendo al ristre la lanza,  
Los cuatro vienen á él  
Y cada cual le encontraba.  
No le mueven de la silla  
Y él á uno derrotaba.  
Vuelve furioso á los tres  
Poniendo mano á la espada,  
Dió al uno tan recto golpe  
Que en tierra lo derribaba:  
Los dos se vuelven huyendo,  
Y él dellos no se curaba.  
A la dama se volvía  
Por saber lo que pasaba,  
Mas la dama temerosa  
No le responde palabra,  
Antes por la espesura  
Iba buscando á su Audalla.  
No curó mas de seguirla,  
Mas en Castilla se entraba,  
Y así hizo buena obra  
A quien la pensó hacer mala.

## LXVII. — (Anónimo.)

Acabada la batalla  
Por el de Vivar pedida  
Contra los alevos condes  
Que le afrentaron sus fijas,  
El noble rey don Alfonso,  
Que el suceso honroso estima  
Que haya sido por el Cid,  
Como el que tenía justicia,  
Con los tres fuertes guerreros  
Que por él lidiado habían  
Y alcanzado la victoria,  
Así escribe al Cid Ruy Díaz:  
« A vos, el Cid castellano,  
« El de la espada temida,  
« Pestilencia de los moros  
« Y defensa de Castilla,  
« A vos á quien guarde el cielo  
« En próspera y larga vida  
« Para que estemos seguros  
« De la enemiga morisma,  
« A vos el rey don Alfonso  
« Salud por esta os envía,  
« Como vuestro mas amigo  
« Aunque enemigos resistan  
« El suceso del combate

« Que se ha hecho en esa villa  
« De Carrion por el órden  
« Que se dió en las córtes mías,  
« Os lo escribo por mi mano  
« Y va con mi sello y firma  
« Porque sea testimonio  
« Verdadero y sin malicia,  
« Y que en la edad venidera  
« Como fué se entienda y diga,  
« Sin que amistad ó respetos  
« Hagan que acorten ó añidan.  
« Luego que fueron las córtes  
« En Toledo concluidas,  
« A esta villa nos partimos  
« Por los dos condes pedida.  
« Su demanda dió sospecha  
« Por ser en su tierra misma,  
« Que tierra que cria alevos  
« No sin recelo se pisa.  
« Yo aseguré este recelo,  
« Porque á los tres que venian  
« Por vos á lidiar con ellos  
« Guardé con la guarda mia.  
« Siempre los tuve delante,  
« Conociendo bien que habia  
« De la parte de los condes  
« Mas traicion que valentía.  
« Llegó el plazo y día asignado  
« En que habian de ser vistas  
« La justicia y la razon  
« Lidiar con la alevosía.  
« Hizose un fuerte palenque  
« Cerrado, y puestos encima  
« Asientos y seis jueces,  
« Y enfrente mi real silla.  
« A todo estuve presente  
« Po- que en mi ausencia no digan  
« Que el rostro tuve escondi al efecto  
« En que el honor vuestro iba,  
« Porque no fablen aquellos  
« Que vuestro daño codician  
« Que os falta el rey don Alfonso  
« Como no os faltó en la vida,  
« Aunque por malditos medios  
« Traidores nos revolvian  
« Vuesa lealtad condenando  
« Con envidiosas mentiras:  
« Advertido deste engaño,  
« A maldades conocidas  
« Les cerré el oído á aquellos  
« Que os condenaban en vida.  
« He querido que entendais  
« Que su maldad entendida  
« Hago el honor vuestro mio,  
« Cual lo mostré en la conquista,  
« Que yo propio y á mi lado  
« Metí los tres que venian  
« A defender vuesa causa,

« Que yo llamo propia mia.  
« Puestos por mí en el palenque,  
« Los dos condes á la mira  
« Y Suer Gonzalez su tio  
« Llegaron cual convenia  
« De fuertes armas cubiertos,  
« Con muy grande compañía  
« De parientes y de amigos  
« Y el pueblo que los seguia.  
« Cuando yo vi tanta gente  
« Que en torno á todos seguia,  
« Temí el seguro no fuese  
« El robo de las sabinas.  
« Mandé sentar á los jueces,  
« Y yo tomando mi silla,  
« Sosegado el alboroto  
« Fué de mi esta razon dicha:  
« — Condes, las fijas del Cid,  
« Por vos sin causa ofendidas  
« Con la traza mas soez  
« Que se ha visto ni hay escrita,  
« Demandaron la venganza  
« De su afrentosa ignominia  
« Al Cid su padre, que al punto  
« Salíó á ella por sus fijas.  
« Pidió campo á todos tres  
« Para que en él fuese vista  
« Como quedaba su ofensa  
« Con la sangre vuesa limpia.  
« Respondisteis que con él  
« La batalla que os pedia  
« No queriades hacer,  
« Porque yo lo ayudaria,  
« Que enviase á quien quisiese  
« Que sobre la causa misma  
« Con vos fuese batalla  
« Segun fueros de Castilla.  
« Estos tres nobles guerreros  
« El Cid por su parte envía,  
« Que ya en el campo os aguardan,  
« Os retan y desafian.  
« Haced vuestra obligacion,  
« Que es lo que os fuerza y obliga,  
« Que es tiempo que las razones  
« A las armas se remitan. —  
« Quisiéronme dar respuesta,  
« Y de mí no siendo oída,  
« A dar principio al combate  
« Fueron, aunque lo temian.  
« Partióse el campo luego  
« Un rey de armas con insignias  
« Del terrible ministerio  
« Que administrándoos iba.  
« De tres en tres en sus puestos  
« Se pusieron, recogidas  
« Las riendas á los caballos,  
« Las lanzas apercebidas.  
« Contra el conde don Fernando

« Que á la victoria se aplica  
 « Martin Antolinez fué  
 « Fuego echando por la vista.  
 « A don Diego, el otro hermano  
 « Que encendió la horrible cisma,  
 « Le cupo Pedro Bermudez  
 « Para la batalla esquivá :  
 « Nuño Bustos de Linzucla  
 « Ardiendo en honrosa ira  
 « Se opuso con Suer Gonzalez,  
 « Autor de la alevosía.  
 « Cuando ví tres contra tres  
 « En dos hileras distintas,  
 « La lid de los Carriacos  
 « Se me figura que via.  
 « A este punto el ronco son  
 « De la trompa les avisa  
 « Que den principio á la lid  
 « Para el fin que pretendian.  
 « Arremetieron á una  
 « Todos, la señal oída,  
 « Cada cual con el contrario  
 « Que enfrente de sí tenia.  
 « Don Fernando y Antolinez  
 « Que igualmente se herian  
 « Quebraron juntos las lanzas,  
 « Firmes quedan en las sillas,  
 « Mas desnudando á Colada,  
 « Despues de muchas heridas  
 « Que Antolinez le dió al conde  
 « Con destreza y valentía,  
 « Le dió un golpe en lo mas alto  
 « Del yelmo, que las hebillas  
 « Faltaron y la cabeza  
 « Fué en dos partes dividida.  
 « Derribóle del caballo,  
 « Y el suyo dejando, encima  
 « Del cuello se puso en pié,  
 « Y el acero al pecho afirma.  
 « A este punto un gran ruido  
 « Se alzó y una vulgar grita  
 « Pidiendo no le matase  
 « Cumpliendo con que se rinda.  
 « Fué poderoso el clamor  
 « De aplacar la ardiente ira  
 « Del vencedor animoso  
 « Para dejallo con vida;  
 « Mas puesto sobre él de piés  
 « A Pedro Bermudez mira  
 « Que traía al conde don Diego  
 « Sin valor con que resista.  
 « Dióle un golpe con Tizona  
 « Despues de tener rompidas  
 « Las lanzas, y fué tan fuerte  
 « Que hombre y caballo derriba.  
 « Pidióle misericordia  
 « Pidiendo en merced la vida,  
 « Confesando su maldad

« Diciendo que se rendia.  
 « No dió oído á sus plegarias,  
 « Mas la fiera espada hinca  
 « Por el alevoso pecho,  
 « Con que dió fin á su vida.  
 « El valiente Nuño Bustos  
 « Y Suer Gonzalez querian  
 « Cada uno de por sí  
 « La victoria de aquel dia.  
 « Duró mucho este combate,  
 « Mas la justicia divina  
 « Dió victoria á Nuño Bustos  
 « Como á quien tenia justicia.  
 « Atravesó á su contrario  
 « De parte á parte, y fué grima  
 « Verle venir del caballo  
 « Cayendo la boca arriba.  
 « Con esto acabó el combate,  
 « Y los vencedores gritan  
 « Si habia que hacer mas  
 « O mas traidores que rindan.  
 « Respondieronles que no,  
 « Que la victoria tenian  
 « Ganada como valientes  
 « Sin haber quien se lo impida.  
 « Dos cajas y un pregonero,  
 « Puestos á este punto encima  
 « Del palenque, resonaron  
 « Y la victoria os aplican.  
 « El rey de armas con mi guarda  
 « A los vencedores guian  
 « Adonde los aguardaban  
 « Yo y toda mi compañía.  
 « Luego dieron los jueces  
 « Sentencia definitiva,  
 « Que por traidores infames  
 « De honor los inhabilitan.  
 « Esta sentencia fué al punto  
 « Confirmada y queda escrita  
 « Para que pueda dar fe,  
 « Sin la mia, con seis firmas.  
 « Buen Cid, esto es lo que pasa  
 « Sin que falte ni se añida,  
 « Sin que odio ni amistad  
 « Fagan que otra cosa escriba.  
 « Ved si no quedais contento  
 « Y quereis que se prosiga  
 « Contra todo su linage  
 « Sin dejar persona viva.  
 « Encomendadme á Jimena  
 « Y abrazadme á vuesas hijas,  
 « Y decidles que de nuevo  
 « Su causa tomo por mia. »

## LXVIII. — (Sepúlveda.)

De aquesé buen rey Alfonso  
 Los del Cid se despedían,

Para volverse á sus tierras,  
 Pues ya vencidos tenian  
 A los condes de Carrion  
 Por el aleve que hacian.  
 Llegados son á Valencia  
 A do el buen Cid residia :  
 Gran placer hubo con ellos,  
 Muy gran gozo y alegría,  
 Muy mayor cuando dijeron  
 Cómo el buen rey dado habia  
 Por alevosos los condes  
 Y á don Suer que los regia.  
 Hincado se habia de hinojos  
 Las manos puestas arriba,  
 Grandes gracias dá á Dios  
 Por la venganza que habia  
 De los malos yernos suyos  
 Y el tio que los regia.  
 A doña Jimena Gomez  
 Muy alegre le decia :  
 — Jimena, ya sois vengada  
 De tan grande villanía  
 Como hicieron los condes  
 A nos y á las nuevas hijas. —  
 Cuando sus hijas oyeron  
 Lo que tanto oír querian,  
 Recibieron gran placer,  
 El mayor que ser podia.  
 Muy gran loor dan á Dios,  
 Gracias grandes le rendían  
 Porque vengó su deshonra,  
 Y con los brazos corrian  
 A abrazar al buen Bermudez  
 Y á toda su compañía;  
 Besarles quieren las manos  
 Del placer que ende habian.  
 Muy grandes fiestas hicieron  
 Que duraron ocho dias,  
 Porque Dios les dió venganza  
 De los que el mal cometian.

## LXIX. — (Anónimo.)

Erguios, no esteis postrado,  
 Que no es justo ni razon  
 Que esté ante mí de fnojos  
 Quien reyes afnojó.  
 Cubrid las canas honradas  
 De grande prez y valor,  
 Y del mas leal vasallo  
 Que tuvo rey ni señor.  
 Quedaos á yantar conmigo,  
 Que me fareis gran favor,  
 Y me tendrán las viandas  
 Beste yantar mejor pro.  
 Y desde que hayamos yantado  
 Vos quiero hacer favor  
 De contaros de la enmienda

Del tuerto de Carrion;  
 Mas quiero hacerlo luego.  
 Sabed que le plugo á Dios  
 De guardarles sendos reyes  
 A Elvira y á doña Sol :  
 Seré en las bodas padrino,  
 Pues casamentero soy,  
 Porque para hijas vuesas  
 Los tales padrinos son.  
 Alvar Fañez de Minaya  
 Vueso presente nos dió,  
 Yo y nusco le recibimos  
 Con gran talento y amor.  
 Y por primeras mercedes  
 Bien dignas de quien vos sois,  
 Mando que no haya cadera  
 En vuesa comparacion  
 Si no fuera cual yo rey  
 O dignidad superior. —  
 Esto dijo el rey Alfonso  
 A ese buen Cid Campeador.

## LXX. — (Anónimo.)

Llegó la fama del Cid  
 A los confines de Persia  
 Cuando andaba por el mundo  
 Dando razon de quien era,  
 Y como le oyó el soldan  
 Y supó bien la certeza  
 De los hechos del buen Cid,  
 Un presente le apareja.  
 Cargó copia de camellos  
 De grana, púrpura y sedas,  
 Oro, plata, incienso y mirra,  
 Con otras muchas riquezas,  
 Y con un pariente suyo  
 De los de su casa y mesa  
 Le envia al Cid el presente  
 Diciendo desta manera :  
 — Dirás á Ruy Diaz el Cid  
 Que el soldan se le encomienda,  
 Que de sus nuevas oír  
 Le tengo grande querencia,  
 Y por vida de Mahoma  
 Y de mi real cabeza  
 Que le diera mi corona  
 Solo por verle en mi tierra :  
 Y que aquesé don pequeño  
 Reciba de mi grandeza,  
 En señal que soy su amigo  
 Y lo seré hasta que muera. —  
 El moro tomó el camino  
 Y en poco llegó á Valencia,  
 Pidiendo licencia al Cid  
 Para hablarle en su presencia.  
 El Cid salió á recibirlo  
 Antes de saltar en tierra,

Y cuando lo viera el moro  
De verle delante tiembla.  
Empezó á darle el recaudo,  
Y como á darlo no acierta  
De turbado, el Cid le toma  
La mano, y así dijera :  
— Bien venido seas, el moro,  
Bien venido á mi Valencia.  
Si tu rey fuera cristiano  
Fuera yo á verle á su tierra.—  
Con estas y otras razones  
A la ciudad ambos llegan,  
Adonde los ciudadanos  
Ficieron muy grande fiesta.  
El Cid le mostró su casa,  
A sus hijas y á Jimena,  
De que el moro está espantado  
Viendo tan grande riqueza.  
Estúvose algunos días  
El moro holgándose en ella  
Hasta que se quiso ir  
Y pidió para ir licencia.  
En retorno del presente  
Que del soldan recibiera,  
Otras cosas le envía el Cid,  
Las cuales allá no hubiera.  
Despedido que fué el moro,  
Rodrigo con su Jimena  
Se quedó y con sus dos hijas  
Dando á Dios gracias inmensas.

## LXXI.—(Sepúlveda.)

Muy doliente estaba el Cid,  
De trabajos muy cansado,  
Cansado de tantas guerras  
Como por él han pasado.  
Nuevas le fueron venidas  
Que le ponen en cuidado  
Que el rey Búcar, fuerte moro,  
Sobre Valencia ha llegado.  
Treinta reyes trae consigo,  
Valientes son y esforzados,  
Con mucha gente de guerra,  
De á pié son y de á caballo.  
Echado estaba el buen Cid  
Sobre su cama acostado,  
Pensando estaba cuidado  
En fecho tan afamado,  
Suplicando á Dios del cielo  
Que siempre esté de su bando,  
Y de peligro tan grande  
Con honra le saque á salvo.  
Cuando el Cid no se cató  
Un hombre vido á su lado,  
El rostro resplandeciente  
Como crespó y relumbrando,  
Tan blanco como la nieve

Con olor muy sublimado,  
Dijole : — ¿ Duermes, Rodrigo?  
Recuerda y está velando.—  
Dijole el Cid : ¿ Quién sois vos  
Que así lo habeis preguntado?  
— San Pedro llaman á mí,  
Príncipe del apostolado :  
Vengo á decirte, Rodrigo,  
Otro que no estás cuidando,  
Y es que dejes este mundo,  
Dios al otro te ha llamado  
Y á la vida que no ha fin  
Do están los santos holgando.  
Moriras en treinta días  
Desde hoy que esto te fablo.  
Dios te quiere mucho, Cid,  
Y esta merced te ha otorgado,  
Y es que despues de tu muerte  
Venzas á Búcar en campo.  
Tus gentes habrán batalla  
Con todos los de su bando,  
Y esto será con ayuda  
Del apóstol Santiago.  
Tú, Rodrigo Campeador,  
Faz enmienda á tu pecado,  
Porque muerto que tú seas  
A la gloria seas llevado,  
Que Dios por amor de mi  
Ha todo aquesto ordenado,  
Porque honraste la mi casa  
Do Cardena era nombrado.—  
Cuando lo oyera el buen Cid  
Gran placer habia tomado,  
Saltó luego de la cama,  
De rodillas se ha postrado  
Para besarle los piés  
Al buen apóstol sagrado.  
Dijo san Pedro : — Rodrigo,  
Aquesto es ya escusado,  
Que á mí no podrás llegar,  
No te trabajes en vano,  
Mas ten por cosa muy cierta  
Aquesto que te he contado.—  
Esto dicho, el santo apóstol  
A los cielos se ha tornado;  
Rodrigo quedó contento,  
Alegre y muy consolado,  
Dando á Dios crecidas gracias  
Por lo que le habia otorgado.

## LXXII.—(Anónimo.)

En Valencia estaba el Cid  
Doliente del mal postrero,  
Que agravios en pechos nobles  
Pueden mucho mas que el tiempo.  
A su cabecera tiene  
Religiosos y hombres buenos,

Y en torno de su persona  
Sus amigos y sus deudos,  
Cuyos semblantes mirando  
De dolor y cuita llenos,  
Con tan sesudas razones  
Así conhorta su duelo :  
— Bien sé, mis buenos amigos,  
Que en tan duro apartamiento  
No hay causa para alegraros  
Y hay mucha para doleros;  
Pero mostrad mi enseñanza  
Contra los adversos tiempos,  
Que vencer á la fortuna  
Es mas que vencer mil reinos.  
Mortal me parió mi madre,  
Y pues puede morir luego,  
Lo que el cielo dió de gracia  
Non lo pidais de derecho.  
No muero en tierras ajenas,  
En mis propias tierras muero,  
Cuanto mas que siendo tierra  
Es propia heredad del muerto.  
No siento el verme morir,  
Que si esta vida es destierro,  
Los que á la muerte guiamos  
A nuestra paria volvemos.  
Tan solo llevo en el alma  
Que en poder de un rey vos dejo,  
En quien vos podrá empecer  
Ser míos ó ser ya vuestos.  
Que trate bien mis soldados,  
Pues le defienden sus reinos,  
Y crea á piernas quebradas  
Mas que á sabios consejeros.  
Que traiga siempre en balanza  
El castigo con el premio,  
Que la lealtad de vasallos  
Virtud pone y pone miedo.  
Que estime un noble leal  
Mas que muchos falagueros,  
Que de muchos homes malos  
Non puede hacer un bueno;  
Y á quien menester hubiere  
Nunca le haga denuostos,  
Ni pague servicios propios  
Por pareceres ajenos.  
Y non fablo de agraviado,  
Antes le quedo debiendo,  
Que las sinrazones suyas  
Fueron mis merecimientos.—  
En esto entrara Jimena,  
Cuyo desamparo viendo,  
Ellos se enjugan los ojos  
Y el Cid dejó el parlamento.

## LXXIII.—(Anónimo.)

La que á nadie no perdona,  
A reyes ni á ricos homes,

A mi fincado en Valencia  
I legó á mi puerta y llamóme;  
Y fallándome dispuesto  
A su voluntad conforme  
Fago así mi testamento,  
Y mi voluntad al poestre.  
« Yo Rodrigo de Vivar,  
« Llamado por otro nombre  
« El bravo Cid Campeador  
« De las morismas naciones,  
« El alma encomiendo á Dios  
« Que en su reino la coloque,  
« Y el cuerpo fecho de tierra  
« Mando que á su centro torne :  
« Y despues que sea finado,  
« Con los untos de los botes  
« Que me endonó el rey de Persia  
« Unten, compongan y adoben;  
« Y puesto sobre Babieca  
« Tras mi seña y mis pendones,  
« Lo enseñedes al rey Búcar  
« Y á todos sus valedores.  
« Y mando que á mi Babieca  
« Lo sotierren y lo afoden,  
« Non coman canes caballo  
« Que carnes de canes rompe.  
« Y para facerme obsequias  
« Se junten mis infanzones,  
« Los de mi pan y mi mesa  
« Los buenos conqueridores.  
« Y á la santa cofradia  
« Del rico Lázaro pobre  
« Mando el prado de Vivar  
« Ende, aquende, y su quifone.  
« Item, mando que no alquilen  
« Plañideras que me lloren,  
« Bastan las de mi Jimena  
« Sin que otras lágrimas compre.  
« Y en San Pedro de Cardena  
« Junto al santo Pescadore  
« Me fabriquen un fosal  
« Con su título de bronco.  
« Item, mando que al judío,  
« Que engañé estando tan pobre,  
« Lo que pesare de arena  
« Le den de plata otro cofre.  
« Y á Gil Diaz tornadizo,  
« Que de moro á Dios volvióse,  
« Le mando mis femolarias,  
« Mis corazas y quijotes.  
« El noble rey don Alfonso  
« Y el buen obispo don Lope  
« Y mi sobrino Alvar Fañez  
« Sean mis cabezadores.  
« Y lo demas de mi haber  
« Se reparta entre los pobres,  
« Que son entre el hombre y Dios  
« Padrinos y valedores. »

## LXXIV. — (Anónimo.)

Las obsequias funerales  
Celebra doña Jimena  
De Rodrigo de Vivar  
En San Pedro de Cardeña,  
Juntamente con sus hijas,  
A quien el cielo hizo reinas,  
Satisfaciendo el agravio  
No debido á su inocencia.  
Pone el cuerpo en una tumba  
Mas que su esperanza negra,  
Y así llorando le dice  
Como si vivo estuviera :  
— ¡O amparo de los cristianos!  
¡Rayo del cielo en la tierra!  
¡Azote de la morisma!  
¡De la fe de Dios defensa!  
¿No sois aquel que jamas  
Os vieron la espalda vuelta  
Los distraídos amigos  
Que causaron vuestra ausencia?  
¿No sois el que desterrado  
Por palabras lisonjeras  
Allanó para su rey  
Mil castillos y fronteras?  
¿No sois vos quien sujetó  
A la ciudad de Valencia,  
Y el que venció en seis batallas  
Sin alma mil almas fieras?  
¡Ay, amarga soledad,  
Cómo al sufrimiento enseñas  
A sufrir contra justicia  
Tan penosa y tri-te ausencia! —  
No pudo pasar de aqui  
La madre de la nobleza,  
Que sobre el cuerpo cayó  
Desmayada ó casi muerta.

## LXXV. — (Sepúlveda.)

Muerto yace ese buen Cid  
Que de Vivar se llamaba,  
Gil Diaz su buen criado  
Cumpliera lo que mandára.  
Embalsamára su cuerpo,  
Y muy yerto se paraba,  
Cara tiene de hermosura  
Muy hermosa y colorada,  
Los ojos igual abiertos,  
Muy apuesta la su barba,  
Non parece que está muerto,  
Antes vivo semejaba;  
Y para que esté derecho  
Este ardíd Gil Diaz usaba :  
Puso el cuerpo en una silla,  
Una tabla en las espaldas  
Y otra delante del pecho

Y á los lados se juntaban,  
Llegaban bajo los brazos  
Y el colodrillo tapaban.  
Esta era la de atras  
Y otra llegaba á la barba,  
Teniendo el cuerpo derecho  
A ningun cabo inclinaba.  
Doce dias son pasados  
Despues que el Cid acabára;  
Aderezanse las gentes  
Para salir á batalla  
Con Búcar ese rey moro  
Y contra la su canalla.  
Cuando fuera media noche  
El cuerpo así como estaba  
Le ponen sobre Babieca,  
Y al caballo lo ataban.  
Derecho está y muy igual,  
Estar vivo semejaba,  
Calzas tiene en las sus piernas  
De blanco y negro labradas,  
Parecian brasonetas  
De las que en vida calzaba;  
Vistiéronle vestidura  
Que el espunte se mostraba,  
Y su escudo puesto al cuello  
Con su divisa ondeada,  
Capellina en su cabeza  
De pergamino pintada,  
Parece que era de fierro  
Segun está bien labrada.  
En la su mano derecha  
La Tizona le fué atada  
Sutilmente, á maravilla  
Iba en la su mano alzada.  
De un cabo iba el obispo  
Don Gerónimo de fama,  
Del otro iba Gil Diaz,  
El que á Babieca galaba.  
Salió don Pedro Bermudez  
Con seña del Cid alzada  
Con cuatrocientos fidalgos  
Que con él van en su guarda :  
Saltera luego el recuage,  
Otros tantos lo guardaban,  
Saliera el cuerpo del Cid  
Con gente muy esforzada.  
Ciento son los guardadores  
Que el cuerpo honrado llevaban.  
Tras él va doña Jimena  
Con toda la su compañía,  
Con seisientos caballeros  
Que para guarda le daban :  
Callando van y tan paso  
Que veinte no semejaban.  
Ya están fuera de Valencia,  
Claro el dia se mostraba :  
Alvar Fañez fué el primero

## LXXVI. — (Anónimo.)

Que arremetió con gran saña  
Contra el gran poder de moros  
Que Búcar trae en su compañía.  
Halló delante de sí  
Una mora muy gallarda,  
Gran maestra en el tirar  
Con saetas del aljaba  
De los arcos de Turquía,  
Estrella era nombrada  
Por la destreza que habia  
En el herir de la jara.  
Ella fuera la primera  
Que á caballo cabalgára  
Con otras cien compañeras  
Muy valientes y esforzadas.  
Los del Cid las fieren recio,  
Muertas en tierra quedáran.  
Visto los habia el rey Búcar  
Con los reyes de su banda,  
Y quedan maravillados  
En ver la gente cristiana.  
Setenta mil caballeros  
Les pareció que llegaban  
Todos blancos como nieve,  
Y uno que los asombraba,  
Mas crecido que ninguno,  
En blanco caballo andaba,  
Cruz colorada en el pecho,  
En su mano seña blanca,  
La espada semeja á fuego  
Con que á los moros llagaba;  
Gran mortandad face en ellos,  
Fuyendo van que no aguardan.  
El rey Búcar y sus reyes  
El campo desamparaban,  
Camino van de la mar  
Do los navios estaban.  
Los del Cid los van firiendo,  
Ninguno habia de escapa,  
En la mar se ahogan todos,  
Mas de diez mil se anegaban,  
Que con la prisa que traen  
Todos juntos no se embarcan.  
De los reyes mueren veinte,  
Búcar huyendo se escapa,  
Los del Cid ganan las tiendas  
Con mucho oro y mucha plata,  
El mas pobre queda rico  
De lo que ende ganára.  
Caminan para Castilla  
Como el buen Cid ordenaba;  
Llegados son á San Pedro,  
De Cardeña se nombraba,  
Do quedó el cuerpo del Cid,  
El que á España tanto honraba.

Vencido queda el rey Búcar  
Con todos sus allegados  
De la campaña del Cid  
En el campo valenciano.  
Para Castilla caminan,  
El buen Cid era finado,  
Caballero va en Babieca  
Con los suyos á su lado.  
No llevaba armas ningunas  
Sino sobre sí unos paños :  
Los que no saben su muerte  
Por vivo lo habian juzgado.  
Cada vez que hacen jornada  
Quitábanlo del caballo,  
Quedaba yerto y derecho  
En la silla cabalgado.  
La buena Jimena Gomez  
Su mensage habia enviado  
A los parientes del Cid  
Para que vengan á honrallo,  
Y tambien á sus dos yernos,  
Que eran reyes coronados.  
En tanto que ellos venian,  
Alvar Fañez ha hablado  
Que pongan el cuerpo muerto  
En atahud y tapado,  
Y con púrpura le cubran,  
Con clavos de oro clavado.  
No quiso doña Jimena,  
Y así los ha razonado :  
— El Cid tiene el rostro hermoso,  
Los ojos muy aseados,  
Mientras está desta suerte  
No hay para que sea mudado,  
Que mis yernos folgarán  
Y mis hijas en su cabo  
De verlo como ahora está,  
Que non su cuerpo enterrado. —  
Todos hubieron por bien  
Lo que Jimena ha ordenado :  
Don Sancho y tambien Garcia  
Están al Cid aguardando,  
Y media legua de Olmedo  
Todos se habian juntado.  
Ese buen rey de Aragon  
Caballeros tiene armados,  
Al revés traen los escudos  
De los arzones colgados.  
Las capas traian negras  
Muy grande duelo mostrando,  
Las capillas traen tendidas  
Segun uso castellano.  
Doña Sol y las sus dueñas  
Estameña han cobijado :  
Gran duelo querian hacer,  
Mas su madre lo ha vedado,

Porque así lo mandó el Cid  
Y así ha de ser obrado.  
El rey y la su muger  
Para el Cid habían llegado,  
Ambos las manos le besan,  
De lo ver se han espantado,  
Que no semejaba muerto,  
Sino vivo y muy honrado;  
Muchos vienen á lo ver  
De Castilla ese reinado,  
Tambien vino don Garcia,  
Rey dese reino navarro,  
Consigo trae su muger,  
Fija del buen Cid loado.  
Las manos besan al Cid  
Muchas lágrimas llorando,  
Todos van para San Pedro  
Porque allí le han enterrado.  
Aquese buen rey Alfonso  
Que ha sabido lo pasado  
De Toledo se partiera  
Y á San Pedro había llegado  
Saliéronle á recibir  
Los al Cid emparentados.  
Mucha honra fizo el rey  
Al cuerpo del Cid honrado,  
Mandó que no se enterrase,  
Sino que el cuerpo arreado  
Se ponga junto al altar  
Y á Tizona en la su mano :  
Así estuvo mucho tiempo,  
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Búrgos nació el valor  
Gloria y amparo de España,  
Que es costumbre en la cabeza  
Poner la insignia mas alta.  
Aquel que victorias suyas  
De eterna memoria estampa  
En los dos polos su nombre  
Y el cielo da gloria al alma :  
De quien españoles reyes  
Tienen de su sangre tanta,  
Que si duermen los despierta  
A la guerra y las hazañas;  
El que á los hijos de Agar  
Destruyeron sus espadas,  
Y á siete reyes venció,  
Después de muerto, en batalla :  
El valeroso y leal  
A su señor y á su patria,  
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza :  
A quien prudentes varones  
Ponen solo entre las armas,  
Y por sus grandes proezas  
Príncipe dellas le llaman,  
Y moros sus enemigos  
Por excelencia llamaban  
El invencible Rodrigo  
Y señor de la campaña.  
Y siendo cuan bueno fué  
Tiró la envidia su lanza,  
Mas las armas de virtud  
El hierro suyo no pasan,  
Que como sucede siempre,  
Quien mal anda mal acaba,  
Y golpes de arma traidora  
A su mismo dueño matan.  
No pudieron las traiciones  
De muchos manchar su fama,  
Que con la infamia de aquellos  
El cielo se la limpiaba.  
En San Pedro de Cardeña  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida  
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros ni de cristianos,  
Por mando del rey Alfonso  
En su escaño está sentado,  
Su noble y fuerte persona  
De vestidos arreado :  
Descubierto tiene el rostro  
De gran gravedad dotado,  
Su blanca barba crecida  
Como de hombre estimado,  
La buena espada Tizona  
Puesta la tiene á su lado ;  
No parece que está muerto,  
Sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
Como está ya razonado ;  
Por su alma que es en gloria  
Hacen fiesta cada año.  
A ver su cuerpo tan bueno  
Mucha gente se ha llegado.  
Fuera de donde está el Cid  
La fiesta se hizo un año,  
Su cuerpo quedaba solo,  
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera  
Un judío había llegado :  
Cuidando estaba entre sí  
Desta suerte razonando :  
— Este es el cuerpo del Cid  
Por todos tan alabado,  
Y dicen que en la su vida  
Nadie á su barba ha llegado,  
Quiero yo asirle della  
Y tomarla en la mi mano,  
Que pues aquí yace muerto  
Por él no será escusado :  
Yo quiero ver qué fará,  
Si me pondrá algun espanto. —  
Tendió la mano el judío  
Para hacer lo que ha pensado,  
Y antes que á la barba llegue,  
El buen Cid había empuñado  
A la su espada Tizona  
Y un palmo la había sacado.  
El judío que esto vido  
Muy gran pavor ha cobrado :  
Tendido cayó de espaldas  
Amortecido de espanto.  
Halláronle allí caido  
Los que en la iglesia han entrado,  
Agua le echan por el rostro  
Para hacerlo acordado,  
Y vuelto que fuera en sí  
Todos le han preguntado  
Qué cosa fuera la causa  
De verlo tan mal parado :  
El luego les declaró  
La causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
Por el milagro contado  
En se acordar que su siervo  
No quiso fuese ensuciado  
Por mano de aquel judío  
Que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado :  
Finó en servicio de Dios  
En San Pedro el ya nombrado,  
Y en él acabó sus dias  
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando  
A Navarra con su gente  
Don Sancho á quien dieron nombre  
Por sus hechos de Valiente.  
Delante lleva el despojo  
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla  
Sin que nadie le impidiese.  
Triunfante, rico y contento  
Por sus jornadas se vuelve,  
Dejando á los castellanos  
Despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardeña  
Mandó que el curso enderecen  
La escolta y la cabalgada  
Para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
Al abad que en guarda tiene  
El santo cuerpo del Cid,  
Aguardó que el rey se acerque.  
Aderezóse entre tanto  
Como en procesion solemne,  
Y con la insignia del Cid  
Sale para cuando llegue.  
Al son de las roncadas cajas  
Marchando de siete en siete  
Al rey que llevan en medio  
Miran ufanos y alegres,  
Tremolando las banderas  
Junto al rey, que alegramiento  
En ellas ponía los ojos  
Como en su mayor deleite.  
Yendo el valiente don Sancho  
Marchando con sus ginetes,  
Llegó donde el santo abad  
Le aguardaba alegremente.  
Puso en tierra las rodillas  
Diciendo : — Rey, no desprecies  
Mi razon, ni á la voz mia  
Tu justo oído le cierras.  
Bien sabes, valiente rey,  
Y cuantos estais presentes,  
Que esa presa es de cristianos  
Y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
Son causa para ponerte  
Siempre la espada en la mano  
Por su daño y con sus muertes.  
Muy bien pudiera escusarse  
La sangre que dellos viertes  
Con que volvieras la espalda  
A los moros que nos vencen.  
Mira, buen rey, esta insignia  
Que es del Cid de quien descienes.  
Y póngotela delante  
Para que esa presa dejes. —  
Conociendo el rey la insignia  
Del caballo se desciende,  
Y en el suelo de rodillas  
La saluda desta suerte :  
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice : « En Navarra es rey don Sancho. »